

reivindicación del individuo, de su experiencia concreta e intransferible es lógico que los representantes de la revuelta contemporánea hayan recurrido a la literatura para expresarse, ya que sólo en la novela y en el drama puede darse esa realidad viviente. Pero no a esa literatura que se solazaba en la descripción del paisaje externo o de las costumbres burguesas, sino a la literatura de lo único, de lo personal.» Esto lo describió Sábato en 1951.

La alusión a Kierkegaard es clara, y junto al filósofo danés que opuso las terribles paradojas del hombre concreto al sereno panlogismo de Hegel, están las presencias de Stirner, de Nietzsche, de Kafka, de Unamuno, de Sartre, de Camus, como también los ecos del mundo apasionado de los surrealistas.

El párrafo que acabamos de citar puede conectarse con un pasaje muy significativo de *Abaddón* (págs. 200-201), en el cual se puede observar que incluso cuando Sábato se dedica a brindarle al lector una serie de aclaraciones sobre sus ideas políticas, introduce en dos oportunidades su reflexión sobre el entrecruzamiento y el antagonismo a la vez de la realidad y los sueños, y lo compara, como antes lo hiciera Kafka, con la relación que existe entre la ficción de la literatura y la realidad existencial. Tomémoslo en cuenta, porque ello también constituye, como ya veremos, una clave importante. Pero si hemos de apoyarnos en el propio Sábato, como nos hemos propuesto para encontrar las vías de interpretación, no tenemos más remedio que acompañarlo en su clásico y esencial «desorden», que es, como lo han reconocido ya muchos críticos y en particular Mario Benedetti en las breves y agudas páginas de *Letras del continente mestizo*, su singular estilo, que lo distingue de todos los demás escritores de nuestro tiempo. Y ello nos obligará, como irán comprobando, a avanzar y a retroceder constantemente en las citas de sus textos para poder armar el rompecabezas que nos propone el autor a través de sus claves e indicios. Y la primera clave que hallamos es existencial. Sábato mismo es el que menciona, entre los problemas fundamentales que lo sobrecogen, a la angustia, la soledad, la muerte, la rebelión y el ansia de absoluto, que son, sin más vueltas, categorías básicas del existencialismo.

Voy a utilizar la libertad y el compromiso a la vez que el propio Sábato nos otorga en cuanto dice que sus lectores deberán descifrar su obra, incluyendo lo que aun para él queda en tinieblas. Y en el caso de *Abaddón*, creo que lo más lógico es comenzar por el título, que es hartó sugestivo. Pero debo aclarar que lo hago no porque implique ello un mero orden del principio de la novela, sino porque al terminar de leerla nos encontramos con que efectivamente la transita de cabo a rabo, determinando, con su simbolismo, todo el clima de su desarrollo.

Sin embargo, sólo en dos oportunidades, y un poco al pasar, el autor hace mención expresa del simbolismo del título en la novela. Cita simplemente el Apocalipsis según San Juan, donde Abaddón aparece como uno de los jinetes endemoniados. El nombre, en hebreo, significa precisamente exterminador, y además —quizá la razón más importante por la cual Sábato decide utilizarlo para titular la novela—, representa el Angel del Abismo. Su obsesión por el mundo de las tinieblas, simbolizada en los ciegos desde su primera novela, pero especialmente desde *Sobre héroes y tumbas*, y por otro lado su inclinación a ver la sociedad actual sin muchas posibilidades de una instancia escatológica o «esjatológica», como él prefiere decir, al borde de un abismo a su parecer insalvable, son motivos más que suficientes para la adopción del título. Pero además, esa presencia del «abismo» es consustancial a las categorías existenciales que Sábato comparte con Kierkegaard. Y esto me hace recordar lo que dice Mallea en *Poderío de la novela* (página 149): «Lo importante para mí en un novelista —lo digo pronto— es que tenga abismo.» Y Sábato es un novelista con abismo. Es mártir —que significa testigo— de su propio abismo y lo revela. Por ello toda la novela de Abaddón compone una visión apocalíptica. Y esto constituye, por lo tanto, la clave interna de interpretación más importante. La destrucción es el clímax. El título transita así por una serie de episodios testimoniales que van marcando cuidadosamente ese clima apocalíptico.

Pero además, y sin mencionar expresamente el título, Sábato aclara de algún modo su simbolismo en los dos episodios de Natalicio Barragán, que nos es presentado en un comienzo como un borracho que tiene una visión terrible, y que por lo mismo despista en un principio al lector. Esto ocurre en las primeras páginas. Pero después, casi al final de la novela, el propio Sábato nos saca de este error inicial cuando hace la segunda presentación de Natalicio Barragán, que en un momento de sobriedad, y luego de nuevas visiones de un monstruo de fuego en el cielo de Buenos Aires, e incluso una aparición de la imagen de Cristo en su habitación del conventillo, decide dar a conocer lo que interpreta como un mensaje en esas visiones, y asume el papel de un profeta del Apocalipsis. Esta misma visión catastrófica es vinculada por Sábato con sus trabajos en 1938 en el laboratorio Joliot-Curie de París, en investigaciones de física nuclear, y que relaciona con el posterior poder destructor de la bomba atómica. En todos estos episodios y en otros que señalaremos más adelante se apoyan los recursos técnicos de la novela, que acentúan su carácter testimonial de una profunda búsqueda metafísica.

En los tres episodios que se narran al comienzo se plantean los territorios en los cuales se va a desarrollar gran parte de la obra de esta novela total. Y digo total no en el sentido corriente que se le da a esta denominación en el análisis literario, sino porque es al mismo tiempo una autobiografía de sus obsesiones, un revés de la trama, una confesión desgarrada de la intimidad del autor, una cosmovisión expresada en contrapunto, en exorcismo, un autoanálisis y una catarsis final, por cuyo medio Sábato nos permite develar los enigmas que habían quedado sin solución en *El informe sobre ciegos*. Por ello, justamente, el autor expresó que con esta novela se cierra el cerco de las dos anteriores. Yo creo que si Sábato, en lugar de escribir *Abaddón* hubiese recurrido al psicoanálisis, una buena parte de esta novela hubiera quedado en los apuntes o en las cintas grabadas del analista. Y sólo digo esto con una intención bien clara: Sábato ha desnudado en esta novela el resto de sus más hondas obsesiones que habían quedado ocultas en las dos anteriores. Compuso su rara alquimia con la mezcla irreverente de los dos elementos básicos de un escritor: la verdad y la ficción. Y esto es lo máximo que puede hacer un escritor por sus lectores: mostrarse como realmente es; presentarles su verdad crudamente y anudar en ella sus ficciones. Y esa es también una lección que Sábato aprendió del existencialismo, particularmente de Sartre y de Camus, sobre la raíz común de Kafka: atravesar el terreno cenagoso del escritor que se cuestiona a sí mismo. Después de llegar a esta instancia ya no es posible seguir novelando, porque cuando un escritor llega a dibujar, o al menos a entrever su imagen última, algo así como descorrer el último velo de Salomé, la reiteración resulta inevitable.

Así como Georg Simmel decía que la vida es «vida y más-que-vida», lo mismo puede decirse de la novela —que es su representación literaria—. Una novela auténtica —y un auténtico novelista discurriendo en ella, como es el caso de Sábato— es un todo que desborda su propia representación: es novela y más que novela. La poetización de sus componentes «realizan» —hacen real en «su» universo— la alquimia de un trama en la que se confunden «esencialmente» la ficción —lo que se crea— y la realidad, que es la circunstancia del que crea. Por ello Sábato admite que toda novela es autobiográfica. El autor, como un demiurgo, le da forma y ropaje a la desnudez de las creaturas de su intuición poética. Y esta es la única manera de representarla; porque esa desnudez —como tal— permanece detrás de «la escena», como un noúmeno, cercada por la naturaleza misma de la intuición que la engendra, que es inconciente y por lo tanto obscura para el entendimiento.